

De lo que precede resulta que si todo es Dios los hombres son impecables, todas sus acciones son divinas, y por necesidad buenas y santas: entonces ya no hay crímenes sobre la tierra, ya no se necesita de religion ni de moral, de leyes ni de civilizacion, de gobiernos ni de sociedad, y al fin ¿qué vendremos á tener? Tendremos cosas admirables, superiores á la edad de oro de los poetas; ¡tendremos la hermosa y virginal naturaleza de Rousseau! Los hombres no serán ya *animales depravados*; serán regenerados y perfeccionados por sus nuevos maestros, los señores panteistas, si aquellos les dejan tiempo, y no se vuelven contra sus *regeneradores* para tratarlos con toda la amabilidad y toda la dulzura de costumbres de los habitantes de los bosques de la América ó de la Oceanía.

En dos palabras queda resumida toda la moral del Panteismo: Haced lo que queráis, todo está necesariamente bien hecho. Pasemos ahora al Materialismo directo y formal.

### CAPÍTULO III.

MATERIALISMO DE CABANIS, DE GEORGET, Y DE BROUSSAIS.

#### § I.

Tuvo Cabanis la osadía de anunciar altamente «que no hay alma, y que el espíritu no es sino el efecto del cerebro ó el cerebro agente...» Dice mas: «El cerebro es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestion. Los alimentos caen en el estómago con sus cualidades propias, y salen de él con cualidades nuevas. El estómago digiere: así llegan las impresiones al cerebro por medio de los nervios; esta víscera entra en accion, y obra sobre aquellas, remitiéndolas ó devolviéndolas luego metamorfoseadas en ideas: de lo cual podemos con la misma certeza concluir que el cerebro digiere en algun modo las impresiones, y hace orgánicamente la secrecion del pensamiento<sup>1</sup>.»

Hé aquí el Materialismo mas atrevido y mas repugnante. Aun cuando no sea aquí su lugar, es difícil contener la indignacion que en todo hombre de bien y sensato debe excitar esta singular filosofia. ¿Es posible que así se ultraje la humanidad entera en lo que ella tiene de mas noble, ó mejor dicho, en lo que forma toda su nobleza? ¡Cómo burlarse así y hasta este punto del sentido comun, é insultar con tanta sangre fria á la conciencia del género humano! En verdad que si alguna cosa pudiese hacer dudosas las pruebas sin réplica de la espiritualidad del alma, ¿no serian los completos desvarios de los escritores materialistas?

El Materialismo por sí mismo es tan extraño y tan absurdo, que bastaria exponer y declarar francamente sus consecuencias, para inspirar horror á toda alma recta y sincera. Sin utilidad pa-

<sup>1</sup> Cabanis, *Relaciones del fisico y del moral del hombre*, tomo I, pág. 152.

ra la fisiología, pues no explica los fenómenos de la vida, arruina la moral, y no sirve sino al libertinaje y al Ateísmo. Aun cuando las pasiones se sirvan de él, y que el corazón depravado guste de esta doctrina infame, se niega el espíritu á darla asenso, y la reniega el sentimiento íntimo.

«Hacer del cerebro una fábrica de pensamientos, ¿se ha visto nunca cosa mas extraordinaria? exclama el Sr. de Frayssinous en sus *Conferencias* <sup>1</sup>. En efecto, me decís que el cerebro digiere las impresiones que se le transmiten; pero impresiones hechas sobre los órganos no pueden ser sino impresiones, dilataciones, vibraciones, cambios de partes materiales, en una palabra, movimientos. Así decir que el cerebro digiere impresiones, es decir que digiere movimientos; ¿hubo jamás una manera mas bárbara de pensar y de expresarse? Añadís que el cerebro es con respecto á las impresiones como el estómago con respecto de las sustancias alimenticias; sed consecuente y llevad al cabo la comparacion. ¿Qué hace la acción del estómago? Transforma los alimentos que recibe; pero las cualidades que les da no son incompatibles con un ser material, y no impiden que conserven la naturaleza de las sustancias materiales: sería menester decir que la acción del cerebro, al cambiar y al modificar los movimientos que á él le llegan, les deja siempre en su estado de movimiento; luego no resultaría nunca sino movimiento, y es cierto que el movimiento no puede ser nunca el pensamiento.»

En esta época de memoria dolorosa, en que reinaba la anarquía, se mostró Cabanis, uno de los mas fanáticos partidarios del Ateísmo, y contribuyó tal vez mas que todos los filósofos de este tiempo á darle lugar entre las instituciones políticas de la nación francesa.

De ello se podrá juzgar por el siguiente pasaje de la vida de Bernardino de Saint-Pierre, por Aimé Martin. El autor ilustre de los *Estudios de la Naturaleza*, encargado en el Instituto de una relación de las memorias que habian concurrido para la solución de una cuestión moral, se atrevió á hablar de Dios, guardando sin embargo todas las consideraciones que debia á los compañeros que no pensaban como él.

<sup>1</sup> Tomo I, pág. 204.

«El análisis de las memorias, dice Aimé Martin, fue escuchado con bastante tranquilidad; pero á las primeras líneas de la declaración solemne de sus principios religiosos, se levantó un grito de furor en todas las partes del salón: unos le silbaban y preguntaban en dónde habia visto á Dios y la cara que tenia; otros se indignaban de su credulidad; los mas pacíficos le dirigian palabras de desprecio. De los dicterios se pasó á los insultos; ultrajaron su edad, le trataron de débil y de supersticioso, amenazáronle con que se le echaria del cuerpo del cual se hacia indigno, y llegó la demencia hasta á desafiarle, para probarle con la espada que no habia Dios. En vano quiso en medio del tumulto pronunciar una palabra; se rehusó el oírle, y el ideólogo Cabanis (único que nombraremos) llevado por la cólera, exclama y jura que no hay Dios, y pide que su nombre no sea pronunciado mas en aquel sitio. Bernardino de Saint-Pierre ya no quiere oír mas; cesa desde este momento en su relación, y volviéndose á su nuevo adversario, le dice friamente: *Vuestro maestro Mirabeau se habria avergonzado de las palabras que acabais de pronunciar*. Y al decir estas palabras se retira sin aguardar respuesta, y la reunion continúa deliberando, no si hay un Dios, sino si permitiria ó no pronunciar su nombre <sup>1</sup>.»

«Tal era la filosofía de Cabanis en una época en que todas las ideas de orden y moral habian tomado parte en la suerte de las instituciones políticas. No era posible que meditaciones mas profundas sobre el mundo físico y moral y el silencio de las pasiones no le trajesen luego á una doctrina mas sana y mas lógica; esto es lo que sucedió. No hacia aun cuatro años que habia publicado su obra sobre las relaciones del físico y del moral del hombre, cuando reconoció en una carta (publicada en 1824), que escribió á un amigo suyo sobre las causas primeras, un ser superior, inteligente, libre, activo, soberanamente poderoso, justo, bueno, remunerador y vengador, y causa de

<sup>1</sup> Bernardino de Saint-Pierre, obras completas, en 8.º, 1818, tomo I, página 245 del *Tratado sobre su vida y sus obras*, por Aimé Martin. Un discurso que pronunció aquel algun tiempo despues en el Instituto prueba que la mayoría de esta reunion estaba lejos de ser de la opinion de Cabanis, pero que se dejó intimidar y dominar por algunos miembros, poderosos en aquella época.

«todo lo que existe en el mundo, así como un principio particular (yo), causa de los fenómenos morales del hombre, dotado de voluntad y de inteligencia, y como debiendo subsistir después de la disolución del cuerpo. Pero, por una contradicción inexplicable, el Dios de Cabanis es un *Dios-materia*; es el universo inteligente, pensante, queriendo y obrando; su alma es también material; es un elemento sensible y primitivo, análogo á los primeros principios de la organización. En esto se reconoce la opinión de un gran número de filósofos de la antigüedad, y particularmente de Pitágoras, de Zenon y de Epicuro <sup>1</sup>.»

## § II.

Desde Cabanis la mayor parte de los médicos que han escrito sobre la ideología han adoptado, de una manera más ó menos abierta, la doctrina del tratado de las relaciones del físico y del moral. Uno de ellos sobre todo, hombre de talento y autor de un tratado voluminoso sobre el sistema nervioso, merece ser citado: Georget, cuya vida filosófica ofrece exactamente las dos fases ó conceptos que hemos notado en la de Cabanis, Georget se levantó con un entusiasmo extraordinario, con una especie de furor contra la admisión de una sustancia espiritual ó de un alma; mas no tardó en reconocer que se había engañado; y dos años antes de morir consignó en su testamento la retractación de sus opiniones, á la cual quiso que se diera toda la publicidad posible.

Copiarémos esta retractación, tal como se insertó en el diario cuyo redactor principal era su mismo autor <sup>2</sup>.

«En mi obra sobre la fisiología del sistema nervioso, en 1821, he profesado altamente el *Materialismo*: ya en el año anterior había publicado un tratado sobre la locura, en el que emití principios contrarios, ó á lo menos expuse ideas que se referían á las creencias generales (pág. 48, 51, 52 y 44); y apenas había manifestado la fisiología del sistema nervioso, cuando meditaciones nuevas sobre un fenómeno bien extraordinario, el *somnambulismo*, no me permitieron mas dudas sobre la exis-

<sup>1</sup> *Revista medical*, 1828, octubre, pág. 176.

<sup>2</sup> *Archivos generales de medicina*, tomo XVII, pág. 135.

«tencia en nosotros y fuera de nosotros de un principio inteligente, y distinto en todo de las existencias materiales. Será si se quiere, el alma y Dios. Tengo sobre este particular una convicción profunda, fundada en hechos que creo incontestables.

«¿Estaba yo bien convencido de lo que escribía en 1821? Yo lo creía. Acuérdomé, no obstante, que fui agitado más de una vez de una grande incertidumbre, y de haberme repetido muchas veces á mí mismo, que no podían formarse sino conjeturas si nos fiábamos en los hechos y en el juicio de los sentidos; mas luego volvía á esta idea favorita, de que no hay efecto sin causa, y de que lo que no es materia no es nada. Como si el hombre no hubiese tentado ya mil veces, pero siempre inútilmente, el poner límites á lo posible. Me hallaría sin duda dominado del deseo de singularizarme y de engrandecerme en algún modo, atacando tan brutalmente las creencias generales y de tan grande importancia á los ojos de casi todo el mundo. Querria dar una prueba evidente de valor, combatiendo así la opinión pública. Á esto citaré el siguiente pasaje de una obra del Sr. de Chateaubriand: «¿Es efectivamente la opinión íntima de su conciencia (el Ateísmo) lo que publicaban los enciclopédicos? Los hombres son tan vanos y tan débiles, que muchas veces el deseo de darse importancia les hace afirmar cosas que no creen, ó á lo menos de las que no están completamente convencidos.» (*Tratado de las Revoluciones*, tomo II, pág. 251, edic. 1826).

«Esta declaración se tendrá reservada hasta que no pueda dudarse de su sinceridad, ni sospecharse de mis intenciones. Si no la puedo publicar yo mismo, suplico á los que la encontrarán al abrir mi testamento, es decir, después de mi fallecimiento, que la den toda la publicidad posible.» (1.º de marzo 1826).

Esta famosa retractación no necesita comentarios: bastante dice por sí misma.

## § III.

El célebre Broussais, después de haber abrazado la doctrina de Cabanis y de Georget, pareció haber sucedido al primero de estos en el empleo de presidente ó corifeo de la secta materialista,

y defendió la doctrina de su demasiado célebre predecesor casi con los mismos argumentos.

Profesor que habia sido de la Facultad de medicina de París, y miembro de la Academia de ciencias *morales*, Broussais, pues, sostenia que no hay en el hombre ninguna sustancia espiritual; que el alma no existe; que la percepcion, las ideas, el juicio, la memoria, la voluntad, las afecciones morales, son resultado inmediato de la accion del cerebro, ó mas bien de los diferentes modos de excitacion del sistema nervioso. Las virtudes y los vicios, segun él, no son otra cosa que el resultado de la lucha que se establece entre el órgano cerebral y las principales vísceras, cuyas diversas modificaciones, percibidas por el encéfalo, forman todas nuestras pasiones.

«1.º De dos cosas una, dice él, ó cedemos á una necesidad instintiva (visceral), ú obedecemos á una necesidad intelectual (cerebral); y siempre que esta última es bastante fuerte y poderosa para impedirnos el que cedamos á la otra, debe esta vencer á lo que produce en las mismas vísceras, á las cuales agita en la necesidad instintiva una excitacion distinta de la suya.

«El cultivo del intelecto puede crear un tropel de pasiones artificiales. Á fuerza de despreciar los movimientos instintivos, cae el hombre en la pasion del espiritualismo, y se deja martirizar para complacer y agradar á la divinidad que él mismo se ha formado... Lo que mas le importa son los intereses pretendidos del cielo, y sobre todo la certeza de una felicidad eterna conforme á sus deseos y á sus hábitos <sup>1</sup>.»

Luego veremos que estos principios son tan absurdos como subversivos de la moral y de la sociedad. Contentémonos con observar que Broussais destruye el libre albedrío, ó la libertad moral del hombre, haciendo depender la virtud y el vicio de las leyes de la organizacion, ó de la lucha que se establece entre el encéfalo y los principales órganos viscerales. Así, pues, segun esta doctrina, el hombre no es libre; está como las bestias bajo el imperio del organismo ó de la necesidad. Nosotros cedemos á una necesidad instintiva (visceral), es decir, á la pasion, si la necesidad intelectual (cerebral) no es bastante fuerte para impe-

<sup>1</sup> De la Irritacion y de la locura, pág. 246.

dir que cedamos á la otra. Si, por el contrario, la organizacion cerebral es mas poderosa que la influencia visceral, se hace el bien, se es virtuoso; ó mas bien, no habria en ambos casos virtud ni vicio, ni mérito ni demérito, porque no hay mas libertad moral que en los animales. Con esto podrá bien concebirse lo que importan los intereses del cielo y la felicidad eterna, y que fácilmente *se cede á todas las necesidades viscerales* cuando no se ve en el hombre sino una masa de materia orgánica, así como el caballo y el mulo que no tienen inteligencia. Con estos principios de Fatalismo, el crimen será inocente, la virtud no tendrá mérito, y la moral humana y toda la responsabilidad de nuestras acciones quedarán anonadadas: finalmente, esta filosofia abyecta y animal es digna de los materialistas y de su moral epicuriana: este es el motivo porque nunca se hayan visto filósofos materialistas castos, dulces y humildes de corazón; este seria un fenómeno moral inexplicable, aunque no les faltará medio de explicarlo. Puede decirse en cierto modo de los materialistas lo que mas particularmente ha dicho La Bruyère de los ateos: «Yo desearia encontrar un hombre sóbrio, moderado, casto y equitativo que negase la existencia de Dios ó la del alma inmortal; á lo menos hablaria imparcialmente; pero este hombre no existe <sup>1</sup>.»

Hé aquí, pues, segun Broussais, que el hombre no es libre; así lo dice positivamente en las páginas 215, 217, etc. Sin embargo, esto no le impide el decir que *á fuerza de menospreciar los movimientos instintivos, cae el hombre en la pasion del espiritualismo*. Pero si despreciando el hombre los movimientos instintivos que le dominan, llega á hacerse dueño de ellos, se sigue que es libre, segun el mismo autor: el hombre hace, pues, lo que no pueden las bestias; manda á su organismo ó á sus *necesidades viscerales*; las domina cuando quiere; hasta puede, á pesar del instinto conservador de todos los animales, despedazar, romper y destruir su organizacion, es decir, suicidarse. Mas este acto de desesperacion, tan frecuente en el hombre, es absolutamente sin ejemplo en el animal, que languidece, decae y muere sin destruirse él mismo; prueba, como dice el Sr. de Bonald, que en este no hay nada que le haga conocer su estado, y que le mande sus-

<sup>1</sup> *Caractères*, cap. XVI, de los espíritus fuertes.

traerse de él. Hay, pues, en el hombre un principio libre é inteligente, un poder soberano, dueño de la materia y de la organización; y es evidentísimo que en los animales no se encuentra este principio. Volveremos á este asunto.

Segun Broussais, todo cuanto no es conforme á su sistema es ilusion, y todo lo que es ilusion es excitacion cerebral anormal, irritacion; es decir, enfermedad; por esto es que pone entre los que están próximos á la locura á los que tienen la sencillez de admitir un alma: «No se crea que es por espíritu de crítica, sino por la fuerza de las cosas que coloco á los hipocondriacos y á todos los nevropáticos que se acercan á la locura, al lado de «los metafísicos.» (Pág. 240).

2.º En sentir del autor, todo lo que no es cuerpo ó materia no es nada. Admite, sin embargo, un primer motor, concesion inmensa que destruye completamente su proposicion: por mas que haga ó diga, será preciso que este primer motor sea otra cosa que cuerpo, en una palabra, que sea inmaterial. Veamos lo que dice nuestro filósofo, porque Broussais al fin de su carrera, y despues de la demolicion de su edificio medical, se hizo filósofo y hasta frenólogo, como lo veremos en otra parte. «El hombre no puede figurarse nunca otra cosa que cuerpos, y es una sensacion enfermiza la que hace que piense que tiene idea de algo «mas que de los objetos sensibles, etc., etc.»

Es cierto que la inercia es el estado natural de la materia, y que esta no puede ser movida sino por un impulso extraño; luego el movimiento no es esencial á la materia, porque si le fuese esencial, estaria la materia en un movimiento eterno y necesario, y el reposo la seria un estado imposible. La materia no puede, pues, recibir el movimiento sino de un motor que necesariamente no sea materia; porque si el motor fuese materia, él mismo no tendria sino un movimiento comunicado por un principio ó un primer motor inmaterial, al que necesariamente es preciso remontar. Si el motor material tuviese el movimiento por sí mismo, lo poseeria esencial y necesariamente, lo que está demostrado como falso por la experiencia de todos los hombres: el hombre puede, pues, concebir otra cosa que cuerpos, y no es sensacion enfermiza la que hace pensar al hombre que tiene idea de algo mas

que de los objetos sensibles: quitad este algo de mas incorporal, y toda la naturaleza creada está herida de muerte y de inercia. El autor se ha engañado groseramente al decir que el hombre no puede concebir sino los cuerpos y los objetos sensibles.

3.º Vaya otra objecion que tiene con la precedente mucha analogía: «La dependencia entre el aparato cerebral y los fenómenos no podria explicarse con la hipótesis de una causa inteligente no nerviosa, porque el modelo de esta causa no existe en ninguna parte, y porque no es posible admitir que lo que no es «cuerpo pueda ejercer accion sobre lo que es cuerpo.» (Pág. 178).

Á esto responderemos con un corto extracto de la contestacion del baron Massias <sup>1</sup>.

«Broussais cree en Dios, á quien llama el motor supremo (página 555); le mira, pues, como origen del movimiento y de la «accion, y como en su obra nada nos puede hacer pensar que «haya admitido un Dios material, no le achacaremos una idea «tan absurda; pero le diremos que reconocer un Dios es reconocer «una causa cuyo modelo no existe en ninguna parte; es reconocer «que lo que no es cuerpo puede ejercer accion sobre lo que es cuerpo: «luego Broussais se contradice al negar que sea posible el que «una sustancia espiritual obre sobre una sustancia material...»

El baron Massias se encoleriza contra el pasaje en que Broussais anuncia que *la idea de la libertad no es mas que una fórmula*; entonces, dice, la virtud que no puede existir sin libertad no será mas que una fórmula. Indignado y con razon de semejantes principios, el autor responde á Broussais con el trozo siguiente de J. J. Rousseau:

«Es cierto que el hombre es el rey de la naturaleza, á lo menos en la tierra donde habita, porque no solamente doma todos «los animales, no solo dispone por su industria de los elementos, «sino que él solo en la tierra sabe hacerlo, y todavía se atribuye «por la contemplacion los astros mismos á los que no se puede «aproximar. Que me enseñen un animal en la tierra que sepa «emplear el fuego y admirar el sol. ¡Que! Yo puedo observar,

<sup>1</sup> Observaciones sobre los ataques dirigidos contra el Espiritualismo, por el Dr. Broussais en su libro de la Irritacion y de la locura, por el baron Massias, en 8.º, de 38 páginas.

«conocer los seres y sus relaciones; puedo sentir lo que es órden, belleza, virtud; puedo contemplar el universo, elevarme hasta la mano que lo gobierna; puedo amar el bien, hacerlo, y ¡me compararia á las bestias! Alma abyecta, tu triste filosofía te hace igual á aquellas, ó mas bien, quieres envilecerte inútilmente; tú genio depones contra tus principios, tu corazón benéfico desmiente tu doctrina, y en despique ó á pesar tuyo, el abuso que haces de tus facultades, prueba su excelencia<sup>1</sup>.»

4.º Broussais cree en Dios, en el motor supremo. No puede haber Dios sin justicia, ni justicia sin recompensa para la virtud, y castigo para el vicio; este órden de cosas falta muchas veces en la tierra; al contrario, muy á menudo se ve en esta prosperar á los malvados, y los hombres de bien toda su vida desgraciados. Un impío, un malvado cubierto de crímenes y de iniquidades, á fuerza de hacer mal se le ha endurecido el corazón; el remordimiento y el grito de la conciencia están ahogados bajo el peso de sus crímenes acumulados; el vicio, la virtud, la esperanza de la otra vida las trata de quimeras y de supersticiones de la educación; lleva la demencia hasta negar la existencia de Dios, ó bien blasfema contra su providencia: á este hombre todo le sonríe, fortuna, riquezas, bienes inmensos, y por consiguiente, grandeza, gloria, honores, amigos; dicese feliz y cree serlo; despues de una vida prolongada y pasada en toda clase de delicias, le sorprende una muerte pronta y repentina; y como es pronta é imprevista, le ahorra todas las agonías de los últimos momentos. ¿En dónde estará el castigo que merecia este impío, este despreciador de Dios y de su ley?

Por otro lado, observo un hombre justo y virtuoso, bienhechor de la humanidad, sosten de los pobres, consuelo de afligidos: el celo que le inflama por la gloria de Dios excita la rabia de la impiedad, le suscita una porcion de enemigos: perseguido por todas partes, está reducido á la mas dura condicion; se encuentra sin recursos ni apoyo; agobiado de disgustos y de todas las amarguras de una vida pobre y miserable, lleno de enfermedades y abandonado de todo el mundo, sin amigos, sin consuelo alguno humano; sometido siempre con respeto á la voluntad de Dios,

<sup>1</sup> *Emilio*, lib. IV.

bendice, como Job, el santo nombre del Señor; sin embargo, le condena la voz pública, le trata de pícaro y de hipócrita, que, bajo la capa seductiva de un celo religioso, abriga los designios mas malvados; se le arrastra ante jueces inicuos, donde es echado un grito de sangre y de furor; se le condena á la pena capital, *reus est mortis*. Cubierto de oprobio y de ignominia, y cargado con las maldiciones públicas, marcha con paso firme al suplicio; la calma de la inocencia, el ánimo tranquilo y sublime de la virtud la mas heroica pasa todavía y se reputa por un refinamiento de hipocresía y de fanatismo; finalmente, la víctima se prepara, perdona á sus asesinos, ora por sus verdugos, á los que da un abrazo, se ofrece, y es inmolado: estos no son hechos imaginarios, no son una invencion; la revolucion francesa, tan fecunda en cosas inauditas, nos ha ofrecido el contraste de esta especie de espectáculos. Á los ojos de la razon, ¿cuál deberá ser la suerte de estas dos personas tan diferentes de carácter y de conducta? ¿No habrá, pues, entre ellas alguna diferencia á los ojos de la justicia soberana? ¿La misma suerte se reserva á los Vicentes de Paul, á los Marats, á los Lacenaires, á los que alimentan á los hombres, y á los que los asesinan? Imposible. Si nada hay mas allá de esta vida, si el sepulcro encierra al hombre entero, Dios es injusto, ó no existe, lo que no es posible. El órden debe establecerse una vez. Hace tres mil años que pronunció el Sábio estas palabras graves: *He visto debajo del sol á la impiedad en lugar del juicio; y á la iniquidad en lugar de la justicia, y he dicho en mi corazón: Dios juzgará al justo y al impío, y entonces será el tiempo del restablecimiento de todas las cosas*<sup>1</sup>.

«Aun cuando no tuviese otra prueba de la inmortalidad del alma, dice Rousseau, que el triunfo del malo, y la opresion del justo en este mundo, esto solo me privaria de dudar de ella. «Una disonancia tan chocante en la armonía universal me haria desear el resolverla, y me diria: Para mí no acaba todo con la vida; á la muerte todo vuelve á entrar en el órden.» Luego hay un alma que sobrevive á la disolucion de los órganos. Esta prueba aunque indirecta, tiene, segun nuestra opinion, una fuerza inmensa é irresistible. «Ella sola ha devuelto á muchos filó-

<sup>1</sup> *Eccles.*, III, 16 y 17.

«sofos al Espiritualismo; ya había hecho una grande impresion á «Cabanis, que la emplea y se sirve de ella en su carta sobre las «causas primeras<sup>1</sup>.» (*Revista medical*, octubre 1828).

Citarémos algunos pasajes sacados de la profesion de fe de Broussais, intitulada: *Desarrollo de mi opinion y expresion de mi fe*: esta pieza póstuma ha sido insertada en la noticia histórica de Broussais publicada por el Sr. Montegre.

«Yo siento, como otros muchos, que todo está coordinado por «una inteligencia; yo busco si puedo encontrar y concluir que «ha creado; mas no puedo, porque la experiencia no me da la re- «presentacion de una creacion absoluta; yo no las concibo sino «relativas, que no son sino modificaciones de lo que existe, cu- «ya sola causa apreciable para mí está en las moléculas ó átomos, «y en los flúidos imponderables que hacen variar sus activida- «des; pero yo no sé lo que son los imponderables, ni en qué di- «fieren los átomos de estos, porque la última palabra sobre estas «cosas está aun por decir por los físicos y por los químicos, y «temo, por consiguiente, no representarme sino quimeras.

«Así, confieso que sobre todos estos puntos no tengo sino co- «nocimientos incompletos en mis facultades intelectuales ó en mi «intelecto, y me quedo con el sentimiento de una inteligencia «coordinadora que no me atrevo á llamar creadora, *aun cuando «deba serlo*; pero no veo necesidad de dirigirla otro culto exte- «rior que el de ejercitar, por la observacion y el racionio, á la «inteligencia para enriquecerla con nuevos hechos, y los senti-

<sup>1</sup> Broussais no profesó el Materialismo hasta despues de haber publicado su libro *de la Irritacion y de la locura*, como se verá por la exclamacion pintoresca del Dr. Virey. (*Revista medical*, 1829, marzo, pág. 423).

«Es muy curioso el ver en el siglo XIX que un profesor sábio asegure á sus discípulos que carecen de alma y de espíritu, y que solo tienen *un cerebro que lucha con el calórico y la electricidad*; y sus admiradores inocentes exclaman por todo y con entusiasmo: ¡No, no tenemos ni espíritu ni alma, etc. ! La doctrina de nuestro maestro es irrefragable; lo dice él, aunque hace pocos años que decia todo lo contrario. Confesaba un principio intelectual distinto; medio muy cómodo para tener siempre razon. ¿El alma del Dr. Broussais le habria sin duda abandonado, cuando trataba en su *Fisiologia* de la irritacion y de la locura? (*Tratado de Fisiologia*, tomo I, pág. 131 y 133). Es espiritualista, como lo ha observado muy bien el baron Massias, y lo niega hoy como si fuese un pecado.»

«mientos superiores, porque van á parar al grande bien del hom- «bre obligado á vivir con sus semejantes, es decir, al bien so- «cial. . . . .

«Yo no temo ni espero nada para la otra vida, porque no pue- «do representármela.

«Tampoco temo expresar mi opinion ni exponer mi profesion «de fe, porque estoy convencido que no destruirá la felicidad de «nadie. Solo aquellos que se hallan organizados para tenerlas «adoptarán mis opiniones. . . . .

«Por mas que se me diga, la naturaleza no puede haberse he- «cho ella misma: luego la ha hecho una potencia inteligente. — «Yo respondia: Sí; pero no puedo formarme una idea de esta po- «tencia. — Desde que supe por la cirugia que el pus acumulado «á la superficie del cerebro destruia nuestras facultades, y que «la evacuacion de este pus las permitia su reaparicion, ya no «fui dueño de concebirlas de otro modo, que como actos de un «cerebro vivo, aunque ignorase lo que es un cerebro, y lo que «es la vida. Asi los estudios anatómicos, físicos y químicos no me «han hecho ni mas ni menos crédulo, es decir, capaz de figurar- «me con conviccion á un Dios obrando como un hombre multi- «plicado, y un alma haciendo mover á un hombre, porque esta «alma me parecia un cerebro agente y nada mas, sin que pudie- «se decir cómo agenciaba ú obraba.» . . . . .

Broussais reconoce una inteligencia coordinadora, y no se atre- ve á llamarla creatriz, *aunque debe serlo*: niega, pues, lo que afir- ma que es *necesario*, es decir, *lo que debe ser*. — No cree sino lo que puede representarse. Ha creído en una infinidad de contin- gentes que ha podido representarse, y rehusa creer en la inteli- gencia creatriz, es decir, *el Ser necesario*.

Broussais nada teme ni espera para la otra vida, porque no pue- de representársela.

Negar otra vida es desmentir al género humano, y ponerse en oposicion con todo el universo, querer en tal materia combatir orgullosamente la creencia constante y universal del mundo en- tero, es, segun mi modo de pensar, una gran locura ó una tor- peza estúpida dimanada de un orgullo inconcebible.

Broussais no cree en otra vida, porque no puede representarse-

la, es decir, porque no la conoce; ¿no ha creído en la vida presente que dice igualmente que no conoce? Si sin conocerla creyó en esta vida, ¿por qué no cree en la otra con todo el género humano? y si no ha creído en la primera, ¿por qué ha escrito y hablado tanto sobre ella? Entonces ha escrito y hablado sobre lo que ignoraba, es decir, que no ha sabido ni lo que ha dicho, ni lo que ha escrito, y que se ha engañado á sí mismo, y ha engañado á sus semejantes. Sin embargo, concibe los actos de un cerebro vivo; esto no le impide de decir inmediatamente despues, que no sabe lo que es un cerebro, aunque pueda sin duda representárselo, y no obstante asegura que el alma, que él no conoce, no es otra cosa que el cerebro agente, que no conoce nada mas. No conoce un *Dios operante*, no conoce la vida, no conoce la potencia inteligente que ha hecho la naturaleza, no conoce los átomos ni los inponderables, y ¡cosa admirable! de todos estos desconocimientos ó ignorancias, Broussais compone lo que él llama su profesion de fe. ¡Y qué profesion de fe, que consiste en no conocer ni creer nada!

Ya es tiempo de que salgamos de este laberinto de errores. Entremos por un momento en el dominio de la verdadera filosofía; veamos brevemente á nuestros mas ilustres autores, quienes atropellando con el peso de su dialéctica la ideología sensualista, han contribuido mas á derribar este promontorio de materialismo.

Descartes habia proclamado la espiritualidad del alma, pero mezclando en ella algunos errores.

Leibnitz, el filósofo mas profundo del gran siglo, es el que mas terribles golpes ha dado al Materialismo, demostrando que el alma no está limitada á la simple capacidad de sentir, sino que es tambien dotada de una actividad original é inherente á su naturaleza.

El Sr. Laromiguière ha combatido con una lógica victoriosa la doctrina sensualista; segun nosotros es el ideólogo que ha escrito de la manera mas satisfactoria sobre el origen de las ideas; y por esto creemos que debemos dar un extracto de su doctrina sobre un punto tan importante.

## CAPÍTULO IV.

EXTRACTO ANALÍTICO Y RAZONADO DEL SISTEMA FILOSÓFICO DE LAROMIGUIÈRE SOBRE LAS CAUSAS Y LOS ORÍGENES DE LAS IDEAS.

Yo tomo el alma humana como un hecho justificado, y en ella veo dos atributos inseparables de su ser: la sensibilidad y la actividad. Por la primera el alma es susceptible de ser modificada; por la actividad puede modificarse ella misma. La actividad es *una potencia, una facultad*; la sensibilidad no es *facultad, ni potencia*, es simple *capacidad*.

El Sr. Jouffroy y otros filósofos piensan y dicen que por la palabra *facultad* deben entenderse las diferentes capacidades naturales del alma humana: segun estos filósofos, la memoria es una facultad, porque naturalmente tenemos la *capacidad* de acordarnos. La sensibilidad lo es tambien, porque tenemos naturalmente la *capacidad* de sentir. La materia tiene capacidades naturales: así el fuego tiene la capacidad de arder, los árboles la de producir frutos; sin embargo, las capacidades del hombre y las de las cosas no llevan el mismo nombre: las del hombre son *facultades*, y las de las cosas son *propiedades*. Esta diferencia proviene de que el hombre puede gobernar sus capacidades, mientras que las cosas no tienen el mismo poder.

Laromiguière no admite facultades sin actividad, y lo que es pasivo en el alma humana no puede, en la opinion de este autor, tener mas que capacidades.

En cuanto á nosotros, decimos que sin libertad no hay facultades. Quien dice facultad, dice actividad ó entendimiento y voluntad<sup>1</sup>. Las facultades suponen, pues, la libertad. Esta las aplica ó las desvia de su objeto, las gobierna y las dirige. Quien dice sensibilidad, dice capacidad. Solo el hombre intelectual tiene fa-

<sup>1</sup> La palabra *facultad* viene de *facere ultro*.